

## LIBROS COLOMBIANOS RAROS Y CURIOSOS

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

— X —

VALERA JUAN. (1824-1905). *Cartas Americanas*. Bogotá. Imprenta de "La Nación". 1888. 63 pgs. 14 x 19.

No obstante el origen peninsular de D. Juan Valera, por varios motivos podemos reputar como colombiana la obra de su pluma, *Cartas Americanas*, a la cual vamos a referirnos.

El comentario alude a la primera edición de las *Cartas*. Estas fueron siete en total, dirigidas a D. José Rivas Groot, entre el 13 de agosto y el 15 de octubre de 1888, a propósito de *El Parnaso Colombiano*, de D. Julio Añez. A raíz de haber sido escritas, fueron editadas en Bogotá, muchos años antes de que los editores de Valera les diesen publicidad en forma de libro. Colombiano era el destinatario de la referida correspondencia literaria, y eminentemente nacional también el asunto en esas *Cartas* desarrollado. Como si esto fuera poco, es conocidísima la opinión del propio Valera, enunciada en la segunda de estas *Cartas Americanas* a Rivas Groot, y muy a menudo reiterada por aquel, en diversas oportunidades, acerca de que la literatura colombiana "es parte de la literatura española, y seguirá siéndolo, mientras Colombia sea lo que es y no otra cosa...". Concepto repetido por Valera, nueve años más tarde, en abril de 1897, en la séptima de sus *Cartas* a "El Correo de España" en Buenos Aires, en donde, a propósito de las *Poesías* de nuestro compatriota Ismael Enrique Arciniegas, expresaba: "Coincidiendo con la opinión de Becerra, creo yo que la independencia política de las repúblicas americanas, que fueron colonias españolas, no implica la independencia literaria. Mil veces lo he dicho: cuanto se escriba en Buenos Aires, en Bogotá, en Lima o en Caracas, debe seguir siendo literatura española, aunque no dependan ya del Estado español los autores nacidos en dichas ciudades o en los territorios de que ellas son cabeza...". ¿Qué mucho, pues, que a fortiori, consideremos colombiana, en este caso, la obra del crítico peninsular que en este capítulo nos ocupa?

Pero aún hay algo más. De las *Cartas Americanas* de Valera se hicieron, en vida del autor, y posteriormente a su muerte, diversas ediciones. Cuando se decidió D. Juan a publicarlas en libro, con aquel título, hízolo dedicándolo a D. Antonio Cánovas del Castillo, y agrupando en él

no sólo las siete que dirigió a Rivas Groot, sobre el *Parnaso*, de Añez, sino otras, entre ellas las dirigidas a D. Rafael Obligado, sobre *Poesía Argentina*, a Rubén Darío, sobre *Azul...*, y a D. Antonio Alcalá Galiano, sobre *El teatro en Chile*. En las *Obras Completas* de Juan Valera, publicadas por su hija Carmen, en cuarenta y ocho volúmenes, incluyéronse las dirigidas a Rivas Groot en el tomo XLI de la colección. Y lo mismo hizo Aguilar, de Madrid, en el tomo III de Valera, colección *Obras Eternas*.

Pero en ninguna de las ediciones referidas pueden leerse las amenísimas *Cartas Americanas* con las interesantes anotaciones que contiene el opúsculo editado en la imprenta de "La Nación", de Bogotá, en 1888, y a las cuales nos referiremos especialmente.

Valera fue un buen caballero español. Exquisito hombre de mundo, tanto cuanto escéptico y benevolente. Literato cultísimo. Publicista de asombrosa fecundidad. Diplomático en diversas cortes de Europa y en varios países americanos. Como crítico, por lo general amplio y generoso, cualidades éstas que se transparentan en sus *Cartas Americanas*, no menos que su acendrado españolismo, que lo lleva a decir que escribe esas *Cartas* para que quienes lo ignoren sepan por ellas que "hay del otro lado del Atlántico, en el corazón de la América meridional, sobre esa elevada meseta o nave de los Andes, cierta agrupación de españoles emancipados. Nación nueva, hija de la nuestra, donde nuestro idioma se cultiva y se habla y se escribe con primor, elegancia y pureza, y donde brillan nuestras artes y antigua cultura, transfiguradas y modificadas por otro cielo, por la distancia y por diversas condiciones sociales...". (Página 11).

Casi todos los poetas de *El Parnaso Colombiano* a quienes se refiere Valera, salen muy bien librados de las manos del comentarista español. Particularmente las poetisas. De doña Mercedes Flórez, por ejemplo, se hace lenguas. Y descontando lo que sería en Valera pura galantería, a la que era tan dado el escritor, por propio impulso, más que por educación y modalidades de su vivir, siempre queda un amplio saldo de elogio en favor de esa poetisa, a quien el español apellida "Victoria Colonna americana", con otros dictados, muy merecidos por cierto, como el de "divina", y de cuyos versos opina que "son admirables de verdad y de afecto; son la poesía natural del corazón que trae lágrimas a los ojos...".

No solo a los poetas integrantes del florilegio de Añez hace Valera referencia. En sus alusiones, se remonta el crítico a los precursores de la literatura colombiana, como al autor de las *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, de quien dice en el texto primitivo de sus *Cartas*, según la primera edición bogotana de ellas: "También fue aventurero y soldado el ilustre Juan de Castellanos, de quien no decidiré yo aquí si nació en América o fue por ahí desde España, aunque esto último parece más probable...". (Pág. 13). El editor, anotó al respecto: "Es hecho perfectamente comprobado que Castellanos nació en Alanís. Lo dice él mismo en sus *Elegías* y en su testamento, y existe además la partida de bautismo que descubrió el señor Fernández Espino. El señor Paz y Melia, editor de la *Historia del Nuevo Reino* de Castellanos, consigna este hecho como indiscutible, (Nota de *La Nación*) L". (*Ibidem*).

En ediciones posteriores de las *Cartas*, Valera modificó el texto primitivo, en el pasaje comentado, dejándolo de esta manera: "También fue aventurero y soldado el ilustre Juan de Castellanos, que igualmente fue por ahí desde España...". (*Obras Completas*. Ed. Aguilar. III-263).

Al hablar del señor Caro, dice Valera en la segunda de sus *Cartas*, que en pocos escritos modernos resplandecía más que en los de nuestro compatriota, lo que se podía llamar el españolismo. Y, defendiendo con el calor y el énfasis que ya se imaginarán, esa posición intelectual de Caro, Valera añade: "Estas y otras consideraciones por el estilo, que se le ocurren a cualquiera, valen para disculpa, suponiendo que necesite disculpa el *retrogradismo* o *tradicionalismo* de D. Miguel Antonio Caro...".

Que le llegó a lo vivo a nuestro compatriota la alusión de Valera, dígalo la nota de *La Nación*, a este pasaje de las *Cartas*, que es como sigue: "El Sr. Cané, autor de la palabrita, no trató al Sr. Caro en Bogotá ni le conoció sino por informes de personas de buen tono, pero ligeras, e incompetentes para juzgar de doctrinas. Todo el *retrogradismo* del Sr. Caro se reduce a su *catolicismo*. ¿Se podrá, por ejemplo, llamar retrógrado a un esforzado apologista del *papel moneda*?..." (Pág. 18).

Al comentar el poema *El Puente de los Suspiros*, que aparece como original de Pombo en el tomo I del *Parnaso*, Valera, a pesar de su enorme conocimiento de literaturas extranjeras, no acertó a recordar que aquellos versos de nuestro compatriota, que comienzan:

*¡Otra! ¡Otra infortunada  
Ya cansada de vivir!  
Importuna despechada  
Que por fin logró morir...*

no eran sino una versión, bastante literal, de la conocidísima poesía de Thomas Hood, *The Bridge of Sighs*, cuyos primeros versos dicen:

*One more Unfortunate,  
Weary of breath,  
Rashly importunate  
Gone to her death!...*

Al respecto dice Valera que lo que sobre todo es de admirar en Pombo es la sencillez con que dice cosas muy bellas. Y añade, aludiendo a esta poesía: "En París, sin duda, aunque el poeta no lo declara, compuso unos versos a una joven que se suicidó arrojándose en el Sena...".

El editor bogotano de las *Cartas* creyó oportuno no abstenerse de destacar el gazapo del crítico peninsular, y puso esta nota al pie del pasaje pertinente: "Pombo residió algunos años en los Estados Unidos; pero no ha estado jamás en Europa. El *Puente de los Suspiros* es simplemente traducción del de Hood, algo voluntariosa o personal, como lo son muchas de las traducciones de nuestro amigo. En el *Parnaso Colombiano* omitieron anotar el origen...". (Pág. 53).

Valera no rectificó este error en ediciones posteriores de sus *Cartas Americanas*, pero, desde el instante en que leyó la poesía erróneamente

atribuída a Pombo como original suya, su extraordinaria perspicacia crítica, sus grandes conocimientos de las modalidades peculiares de la poesía inglesa le hicieron ver que en el *Puente de los Suspiros* estaba latente el inconfundible dejo de aquella, y, luego de recordar con encomio una composición de Hermógenes Saravia, *En la tumba de María Herrera*, dice: "Las tristes poesías sobre mujeres, que mueren víctimas de un amor desventurado me recuerdan el admirable y tremendo canto de Olivia, de Oliverio Goldsmith...". Y añade: "En la poesía colombiana, en la más original, en la más castiza, en la más española, hay un vago perfume, un dejo sabroso de poesía inglesa, que yo celebro, porque le da un gusto verdadera y naturalmente sentimental y le conviene muy bien, refrenando la propensión a lo redundante y a lo hueco...". (Pág. 54). Y cita, para abonar su tesis, a Diego Fallon, olvidándose de Isaacs, que es el poeta colombiano en quien esas circunstancias aparecen con más amplitud y vigor que en los demás.

Es lugar común en la mayor parte de nuestras historias de la literatura colombiana, el repetir los conceptos de Valera sobre los poetas colombianos del siglo XIX, consignados en sus *Cartas*, como si se tratase de una sentencia infalible e inapelable. Ciertamente que sus juicios son, por lo general, benévolos y justicieros. Pero tuvo también innegables equivocaciones, aun desde el punto de vista de la simple valoración estética de algunas poesías del *Parnaso* de Añez. Tal es el caso de las *Rimas*, de Emilio Antonio Escobar, cuyo simple título merece reparos al publicista español, que creyó ver en él una muestra de imitación servil de Bécquer. ¡Quién le hubiera dicho a Valera que muchos años después emplearía el mismo título, para un libro juvenil suyo, el mayor poeta de lengua española del siglo XX, Juan Ramón Jiménez, sin que a nadie se le ocurriese por ello hablar de imitación becqueriana! Y después de citar tres de las cuatro *Rimas* de Escobar, que aparecen en el *Parnaso*, tan tiernas, tan sentidas, tan verdaderamente humanas y poéticas, como esta:

*Cada vez que tu mano, al despedirme,  
Estrecho conmovido entre las mías,  
Cada vez que me dices: "Hasta luego",  
Fijando en mí tus húmedas pupilas,  
Oigo un eco lejano que repite  
Dolorosa y eterna despedida,  
Y siento que una lágrima que oculto  
Me cae al corazón pesada y fría...*

este juicio desconcertante, por todo punto inaceptable: "En todo esto hay lo más lastimoso de Bécquer y de Heine: olor de cementerio y cancamurria de gorigori", es decir, murria o tristeza de entierro... Solo que lo propio pudiera decirse de toda poesía elegíaca, con lo que se echaría sombra y baldón sobre uno de los más hermosos aspectos de las bellas letras.

En cambio, oída con serenidad, después de setenta años de proferida, nos parece muy justa esta queja de Valera sobre un aspecto de la poesía patriótica nuestra del siglo XIX, que desde luego ya no se registra en nuestros días: "Noto además que las musas justicieras se inclinan a po-

nerse foscas con los poetas de Colombia, cuando, por mal entendido patriotismo, ofenden e injurian a la antigua madre patria, España. Sus versos entonces son casi siempre malos. El más patente ejemplo de esta verdad lo dan unas estrofas de D. José María Torres Caicedo *A Policarpa Salavarrieta*, que fue la Mariana Pineda de por allá...". Transcribe Valera los versos de Torres, en los que se habla de "el bárbaro español", y añade: "Todos los horrores, todas las crueldades de la guerra de la Independencia americana, que no fueron mayores que los de cualquiera otra guerra civil en la Península, no justifican la condenación y la injuria que lanza sobre los españoles el Sr. Torres Caicedo. El Sr. Torres Caicedo se ofende a sí mismo y a todo su linaje, pues yo presumo que será tan español como cualquiera de nosotros, y que, si él no lo es, lo fue su padre o lo fue su abuelo. No tiene la menor disculpa que el Sr. Caicedo califique todo el tiempo que Colombia estuvo unida a España de

*Centurias de baldón y afrenta*

*En que yació la tierra americana.*

Eso estaría solo bien en boca de los indios triunfantes, si se hubiesen levantado contra el Sr. Torres Caicedo y contra todos los de origen español y los hubiesen arrojado de la América que invadieron y colonizaron". (Págs. 59-60).

El editor bogotano de las *Cartas Americanas* glosó los comentarios de Valera sobre los versos de Torres Caicedo en la nota siguiente: "Ni es justo maldecir a España en globo, por ciertos hechos de ferocidad, ni lo es tampoco condenar, también en globo, nuestra poesía patriótica, por muestras *escogidas*, tales como los versos que por los años de 1850 publicaban Torres Caicedo, Pedro Antonio Camacho Pradilla o los estudiantes del Espíritu Santo. Con decir que Torres Caicedo no es poeta, y que otros son sus méritos, como periodista político, como distinguido hombre de sociedad (hoy separado del trato humano por lamentable enfermedad cerebral), como diplomático, en fin, todo quedaba dicho, y sobraba la disertación crítica. Torres Caicedo escribió versos casi niño, después cometió el error de recopilarlos; y el compilador del Parnaso insertó esa mala muestra en homenaje a los méritos de otro orden del Sr. Torres Caicedo. La crítica de eminentes escritores como el Sr. Valera, sobre todo si se trata, como él lo intenta, de caracterizar una nación, debe recaer sobre piezas de mérito y no sobre ensayos de estudiantes ni de aficionados a la poesía...". (Pág. 60).

Combatió también Valera el ponderativo exceso de algunos poetas, que llegaron al ditirambo en sus composiciones a los libertadores. A propósito, el crítico español escribió: "El liberalismo es hermosa doctrina. Yo soy, he sido y seré siempre muy liberal; pero no desconozco que el liberalismo ha sido tan manoseado en discursos y peroratas, en brindis de comidas patrióticas y en artículos para rellenar columnas de periódicos, que es difícil ser *liberal* en verso, sin caer en la prosa más plebeya. Y si el poeta liberal escribe en romance endecasílabo, peor que peor...". El venablo iba derechamente dirigido contra Luis Vargas Tejada, y su *Catón en Utica*.

Los editores de las *Cartas*, que eran al mismo tiempo del periódico político de combate, "*La Nación*", donde escribía, entre otros, D. Miguel Antonio Caro, no acertaron a sofocar la voz de la pasión partidista, y a la frase de Valera, "El liberalismo es hermosa doctrina", acotaron esta glosa, a todas luces fuera de lugar en esta polémica literaria: "Si liberalismo es la doctrina de la libertad, todos somos liberales, incluso todos los ermitaños, todas las beatas, todos los autócratas de Asia, todos los tiranuelos y todos los revolucionarios del mundo; solo que unos quieren la libertad mala y otros la buena, unos la del desorden, otros la del orden, unos la de hacer cuanto les de la gana, otros la de hacer lo que gusten siendo lícito; estos la de todos, aunque se rompan las cabezas; aquellos la de todos en santa paz. Hoy en toda tierra de garbanzos, se entiende por liberalismo el 'naturalismo en política', y el que no lo entienda así, debe empezar por definir el término, para no incurrir en declamaciones tan vagas como las del lenguaje patriotero que el señor Valera censura...". (Págs. 62-63). Ningún esfuerzo requiere el imaginar la volteriana sonrisa con que el escéptico, irónico y mundado D. Juan Valera recibiría esta explosión de mal reprimida cólera de sus comentaristas de '*La Nación*', verdadero exabrupto de politiquería tropical, ajeno por completo al espíritu de la disertación literaria, y, en el presente caso, aún al de toda conveniencia.

Por fortuna, en la Nota postrera con que terminan las glosas a las *Cartas Americanas*, los editores colombianos de ellas, vuelven sobre sus pasos y hacen en ese punto una oportuna defensa de la poesía de Vargas Tejada, que Valera califica de pedestre, de esta guisa: "...*Distingue tempora...* Vargas Tejada escribió en la segunda y tercera década de este siglo, e hizo tragedias clásicas en romance endecasílabo, según el gusto todavía dominante en aquella época. *Catón en Utica* fue un monólogo destinado a ser, como lo fue, declamado en la escena; una proclama revolucionaria encubierta con forma métrica y un prelude de la conspiración del 25 de septiembre. Para juzgar los versos de Vargas Tejada es preciso leer el tomo de sus poesías y conocer la breve y trágica historia del hombre...". (Pág. 63).

Tiene, pues, este raro ejemplar de las *Cartas Americanas*, de D. Juan Valera, impreso en Bogotá, en 1888, no solo el mérito de ser la primera edición que de aquellas se hizo en opúsculo, sino el de ostentar las glosas o notas que los editores hicieron al texto del polígrafo peninsular, las cuales nunca volvieron a reproducirse en ulteriores ediciones de las *Cartas*.